

á enamorada le parecia digno de alabanza. Con esto nos contábamos cien mil niñerías y acaecimientos de nuestros vecinos y conocidos, y á lo que mas se extendía mi desenvoltura, era á tomarle casi por fuerza una de sus bellas y blancas manos, y llegarla á mi boca, segun daba lugar la estrechez de una baja reja que nos dividia; pero la noche que precedió al triste dia de mi partida, ella lloró, gimió y suspiró, y se fué, y me dejó lleno de confusion y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Luscinnda: pero por no destruir mis esperanzas, todo lo atribuí á la fuerza del amor que me tenia, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin, yo me partí triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba ni imaginaba: claros indicios que mostraban el triste suceso y desventura que me estaba guardada. Llegué al lugar donde era enviado, dí las cartas al hermano de D. Fernando, fuí bien recibido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar, bien á mi disgusto, ocho dias, y en parte donde el Duquesu padre no me viese, porque su hermano le escribia que le enviase cierto dinero sin su sabiduría: y todo fué invencion del falso D. Fernando, pues no le faltaban á su hermano dineros para despacharme luego. Orden y mandato fué este que me puso en condicion de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos dias la vida en el ausencia de Luscinnda, y mas habiéndola dejado con la tristeza que os he contado; pero con todo esto obedecí como buen criado, aunque veia que habia de ser á costa de mi salud. Pero á los cuatro dias que allí llegué, llegó un hombre en mi busca con una carta que me dió, que en el sobrescrito conocí ser de Luscinnda, porque la letra dél era suya. Abríla temeroso y con sobresalto, creyendo que cosa grande debia de ser la que le habia movido á escribirme estando ausente, pues presente pocas veces lo hacia. Preguntéle al hombre, ántes de leerla, quién se la habia dado y el tiempo que habia tardado en el camino. Díjome que acaso pasando por una calle de la ciudad á la hora de mediodía, una señora muy hermosa le llamó desde una ventana, los ojos llenos de lágrimas, y que con mucha priesa le dijo: Hermano, si sois cristiano, como parecéis, por amor de Dios os ruego que encamineis luego luego esta carta al lugar y á la persona que dice el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello haréis un gran servicio á nuestro Señor; y para que no os falte comodidad de poderlo hacer, tomad lo que va en este pañuelo; y diciendo esto, me arrojó por la ventana un pañuelo, donde venian atados cien reales y esta sortija de oro que aquí traigo, con esa carta que os he dado. Y luego sin aguardar respuesta mia, se quitó de la ventana, aunque primero vió cómo yo tomé la carta y el pañuelo, y por señas le dije que haria lo que me mandaba. Y así viéndome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traérsela, y conociendo por el sobrescrito que érades vos á quien se enviaba, porque yo, señor, os conozco muy bien, y obligado asimismo de las lágrimas de aquella hermosa señora, determiné de no fiarme de otra persona, sino venir yo mismo á dárosela; y en diez y seis horas que há que se me dió, he hecho el camino que sabeis, que es de diez y ocho leguas. En tanto que el agradecido y nuevo correo esto me decia, estaba yo colgado de sus palabras, temblándome las piernas, de manera

que apenas podia sostenerme. En efecto, abrí la carta, y vi que contenia estas razones:

«La palabra que D. Fernando os dió de hablar á vuestro padre para que hablase al mio, la ha cumplido mucho mas en su gusto que en vuestro provecho. Sabed, señor, que él me ha pedido por esposa, y mi padre, llevado de la ventaja que él piensa que D. Fernando os hace, ha venido en lo que quiere, con tantas veras, que de aquí á dos dias se ha de hacer el desposorio, tan secreto y tan á solas, que solo han de ser testigos los cielos y alguna gente de casa. Cuál yo quedo, imagínaldos: si os cumple venir, veldo; y si os quiero bien ó no, el suceso deste negocio os lo dará á entender. A Dios plega que esta llegue á vuestras manos, ántes que la mia se vea en condicion de juntarse con la de quien tan mal sabe guardar la fe que promete.»

Estas en suma fuéron las razones que la carta contenia, y las que me hicieron poner luego en camino sin esperar otra respuesta ni otros dineros: que bien claro conocí entónces que no la compra de los caballos, sino la de su gusto, habia movido á D. Fernando á enviarme á su hermano. El enojo que contra D. Fernando concebí, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de servicios y deseos tenia granjeada, me pusieron alas, pues casi como en vuelo otro dia me puse en mi lugar al punto y hora que convenia para ir á hablar á Luscinnda. Entré secreto, y dejé una mula en que venia, en casa del buen hombre que me habia llevado la carta, y quiso la suerte que entónces la tuviese tan buena, que hallé á Luscinnda puesta á la reja, testigo de nuestros amores. Conocióme Luscinnda luego, y conocíla yo; mas no como debia ella conocerme, y yo conocerla. Pero ¿quién hay en el mundo que se pueda alabar que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condicion mudable de una mujer? Ninguno por cierto. Digo pues, que así como Luscinnda me vió, me dijo: Cardenio, de boda estoy vestida, ya me están aguardando en la sala D. Fernando el traidor, y mi padre el codicioso, con otros testigos, que antes lo serán de mi muerte que de mi desposorio. No te turbes, amigo, sino procura hallarte presente á este sacrificio, el cual, si no pudiere ser estorbado de mis razones, una daga llevo escondida, que podrá estorbar mas determinadas fuerzas, dando fin á mi vida, y principio á que conozcas la voluntad que te he tenido y tengo. Yo le respondí turbado y apriesa, temeroso no me faltase lugar para responderla: Hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras, que si tú llevas daga para acreditarte, aquí llevo yo espada para defenderte con ella, ó para matarme, si la suerte nos fuere contraria. No creo que pudo oír todas estas razones, porque sentí que la llamaban apriesa, porque el desposado aguardaba. Cerróse con esto la noche de mi tristeza, púsoseme el sol de mi alegría, quedé sin luz en los ojos y sin discurso en el entendimiento. No acertaba á entrar en su casa, ni podia moverme á parte alguna; pero considerando cuánto importaba mi presencia para lo que suceder pudiese en aquel caso, me animé lo mas que pude, y entré en su casa, y como ya sabia muy bien todas sus entradas y salidas, y mas con el alboroto que de secreto en ella andaba, nadie me echó de ver: así que, sin ser visto tuve lugar de ponerme en el hueco que hacia una ventana de la misma sala, que con las puntas y remates de dos tapices se cubria, por entre las cuales podia yo ver sin ser

visto todo cuanto en la sala se hacia. ¿Quién pudiera decir ahora los sobresaltos que me dió el corazon miéntras allí estuve, los pensamientos que me ocurrieron, las consideraciones que hice? Que fuéron tantas y tales, que ni se pueden decir, ni aun es bien que se digan: basta que sepais que el desposado entró en la sala sin otro adorno que los mismos vestidos ordinarios que solia. Traia por padrino á un primo hermano de Luscinnda, y en toda la sala no habia persona de fuera sino los criados de casa. De allí á un poco salió de una recámara Luscinnda, acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada y compuesta como su calidad y hermosura merecian, y como quien era la perfeccion de la gala y bizarría cortesana. No me dió lugar mi suspension y arrobamiento para que mirase y notase en particular lo que traia vestido; solo pude advertir á los colores, que eran encarnado y blanco, y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacian, á todo lo cual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales que, en competencia de las preciosas piedras y de las luces de cuatro hachas que en la sala estaban, la suya con mas resplandor á los ojos ofrecian. ¡Oh memoria, enemiga mortal de mi descanso! ¿De qué sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mia? No será mejor, cruel memoria, que me acuerdes y representes lo que entónces hizo, para que movido de tan manifesto agravio, procure, ya que no la venganza, á lo ménos perder la vida? No os conseis, señores, de oír estas digresiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan ni deban contarse sucintamente y de paso, pues cada circunstancia suya me parece á mí que es digna de un largo discurso. A esto le respondió el cura que no solo no se cansaban en oírle, sino que les daban mucho gusto las menudencias que contaba, por ser tales que merecian no pasarse en silencio, y la misma atencion que lo principal del cuento. Digo pues, prosiguió Cardenio, que estando todos en la sala entró el cura de la parroquia, y tomando á los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir: *¿Quereis, señora Luscinnda, al señor D. Fernando, que está presente, por vuestro legitimo esposo, como lo manda la santa madre Iglesia?* yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices, y con atentísimos oídos y alma turbada me puse á escuchar lo que Luscinnda respondia, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, ó la confirmacion de mi vida. ¡Oh, quién se atreviera á salir entónces, diciendo á voces: Luscinnda, ah Luscinnda, mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que eres mia y que no puedes ser de otro! Advierte que el decir tú sí, y el acabarse la vida, ha de ser todo á un punto. ¡Ah traidor D. Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! ¿qué quieres, qué pretendes? Considera que no puedes cristianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinnda es mi esposa, y yo soy su marido. ¡Ah loco de mí! ahora que estoy ausente y lejos del peligro, digo que habia de hacer lo que no hice: ahora que dejé robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme si tuviera corazon para ello como le tengo para quejarme: en fin, pues fuí entónces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco. Estaba esperando el cura la respuesta de Luscinnda, que se detuvo un buen espacio en darla, y cuando yo pensé que sacaba

la daga para acreditarse, ó desataba la lengua para decir alguna verdad ó desengaño que en mi provecho redundase, oigo que dijo con voz desmayada y flaca: *Si quiero;* y lo mismo dijo D. Fernando, y dándole el anillo, quedaron en indisoluble nudo ligados. Llegó el desposado á abrazar á su esposa, y ella poniéndose la mano sobre el corazon, cayó desmayada en los brazos de su madre. Resta ahora decir cuál quedé yo viendo en el sí que habia oido, burladas mis esperanzas, falsas las palabras y promesas de Luscinnda, imposibilitado de cobrar en algun tiempo el bien que en aquel instante habia perdido: quedé falto de consejo, desamparado á mi parecer de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negándome el aire aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: solo el fuego se acrecentó de manera, que todo ardía de rabia y de celos. Alborotáronse todos con el desmayo de Luscinnda, y desabrochándole su madre el pecho para que le diese el aire, se descubrió en él un papel cerrado, que D. Fernando tomó luego, y se le puso á leer á la luz de una de las hachas; y en acabando de leerle, se sentó en una silla y se puso la mano en la mejilla con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir á los remedios que á su esposa se hacian para que del desmayo volviese. Yo viendo alborotada toda la gente de casa, me aventuré á salir, ora fuese visto ó no, con determinacion que si me viesen, de hacer un desatino tal, que todo el mundo viniera á entender la justa indignacion de mi pecho en el castigo del falso D. Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traidora; pero mi suerte, que para mayores males, si es posible que los haya, me debe tener guardado, ordenó que en aquel punto me sobrase el entendimiento que despues acá me ha faltado: y así sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos (que por estar tan sin pensamiento mio, fuera fácil tomarla), quise tomarla de mi mano, y ejecutar en mí la pena que ellos merecian, y aun quizá con mas rigor del que con ellos se usara, si entónces les diera muerte, pues la que se recibe repentina, presto acaba la pena; mas la que se dilata con tormentos, siempre mata sin acabar la vida. En fin, yo salí de aquella casa, y vine á la de aquel donde habia dejado la mula; hice que me la ensillase: sin despedirme dél subí en ella, y salí de la ciudad, sin osar como otro Lot volver el rostro á miralla; y cuando me vi en el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubria y su silencio convidaba á quejarme, sin respeto ó miedo de ser escuchado ni conocido, solté la voz y desaté la lengua en tantas maldiciones de Luscinnda y de D. Fernando, como si con ellas satisficiera el agravio que me habian hecho. Díle títulos de cruel, de ingrata, de falsa y desagradecida: pero sobre todo de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la habia cerrado los ojos de la voluntad para quitármela á mí, y entregarla á aquel con quien mas liberal y franca la fortuna se habia mostrado: y en mitad de la fuga destas maldiciones y vituperios la desculpaba, diciendo que no era mucho que una doncella recogida en casa de sus padres, hecha y acostumbrada siempre á obedecerlos, hubiese querido condescender con su gusto, pues le daban por esposo á un caballero tan principal, tan rico y tan gentilhombre, que á no querer recibirle, se podia pensar ó que no tenia juicio, ó que en otra parte tenia la voluntad, cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinion y fama. Luego volvia diciendo, que

puesto que ella dijera que yo era su esposo, vieran ellos que no había hecho en escogermelo tan mala elección que no la disculparan, pues antes de ofrecérselos D. Fernando, no pudieran ellos mismos acertar á desear, si con razón midiesen su deseo, otro mejor que yo para esposo de su hija; y que bien pudiera ella antes de ponerse en el trance forzoso y último de dar la mano, decir que ya yo le había dado la mia; que yo viniera y condescendiera con todo cuanto ella acertara fingir en este caso. En fin, me resolví en que poco amor, poco juicio, mucha ambición y deseos de grandezas hicieron que se olvidase de las palabras con que me había engañado, entretenido y sustentado en mis firmes esperanzas y honestos deseos. Con estas voces y con esta inquietud caminé lo que quedaba de la noche, y di al amanecer en una entrada destas sierras, por las cuales caminé otros tres días sin senda ni camino alguno, hasta que vine á parar á unos prados, que no sé á qué mano destas montañas caen, y allí pregunté á unos ganaderos que hacía dónde era lo mas áspero destas sierras. Dijéronme que hacía esta parte: luego me encaminé á ella con intención de acabar aquí la vida; y en entrando por estas asperezas, del cansancio y de la hambre se cayó mi mula muerta, ó lo que yo mas creo, por desechar de sí tan inútil carga como en mí llevaba. Yo quedé á pié, rendido de la naturaleza, traspasado de hambre, sin tener ni pensar buscar quien me socorriese. De aquella manera estuve no sé qué tiempo tendido en el suelo, al cabo del cual me levanté sin hambre, y hallé junto á mí á unos cabreros, que sin duda debieron ser los que mi necesidad remediaron, porque ellos me dijeron de la manera que me habían hallado, y cómo estaba diciendo tantos disparates y desatinos, que daba indicios claros de haber perdido el juicio: y yo he sentido en mí despues acá, que no todas veces le tengo cabal, sino tan desmedrado y flaco, que hago mil locuras, rasgándome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiciendo mi ventura y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso ni intento entonces que procurar acabar la vida voceando; y cuando en mí vuelvo, me hallo tan cansado y molido, que apenas puedo moverme. Mi mas comun habitación es en el hueco de un alcornoque, capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros y cabreros que andan por estas montañas, movidos de caridad, me sustentan poniéndome el manjar por los caminos y por las peñas por donde entienden que acaso podré pasar y hallarlo; y así, aunque entonces me falte el juicio, la necesidad natural me da á conocer el mantenimiento, y despierta en mí el deseo de apetecerlo y la voluntad de tomarlo: otras veces me dicen ellos, cuando me encuentran con juicio, que yo salgo á los caminos, y que se lo quito por fuerza, aunque me lo den de grado, á los pastores que vienen con ello del lugar á las majadas. Desta manera paso mi miserable y extrema vida, hasta que el cielo sea servido de conducirla á su último fin, ó de ponerle en mi memoria, para que no me acuerde de la hermosura y de la traición de Luscinda, y del agravio de D. Fernando; que si esto él hace sin quitarme la vida, yo volveré á mejor discurso mis pensamientos: donde no, no hay sino rogarle que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mí valor ni fuerzas para sacar el cuerpo desta estrechez en que por mi gusto he querido ponerle. Esta es, ó señores, la

amarga historia de mi desgracia: decidme si es tal que pueda celebrarse con ménos sentimientos que los que en mí habeis visto: y no os canséis en persuadirme ni aconsejarme lo que la razón os dijere que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada de famoso médico al enfermo que recibir no la quiere. Yo no quiero salud sin Luscinda; y pues ella gusta de ser ajena, siendo ó debiendo ser mia, gusté yo de ser de la desventura, pudiendo haber sido de la buena dicha. Ella quiso con su mudanza hacer estable mi perdición, yo querré con procurar perderme hacer contenta su voluntad, y será ejemplo á los por venir de que á mí solo faltó lo que á todos los desdichados sobra, á los cuales suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle, y en mí es causa de mayores sentimientos y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte. Aquí dió fin Cardenio á su larga plática y tan desdichada como amorosa historia; y al tiempo que el cura se prevenia para decirle algunas razones de consuelo, le suspendió una voz que llegó á sus oídos, que en lastimados acentos oyeron que decía lo que se dirá en la cuarta parte desta narración: que en este punto dió fin á la tercera el sabio y atentado historiador Cide Hamete Benengeli.

CAPITULO XXVIII.

Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura y barbero sucedió en la misma sierra.

Felicísimos y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo caballero D. Quijote de la Mancha, pues por haber tenido tan honrosa determinación, como fué el querer resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta orden de la andante caballería, gozamos ahora en esta nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos, no solo de la dulzura de su verdadera historia, sino de los cuentos y episodios della, que en parte no son ménos agradables y artificiosos y verdaderos que la misma historia. La cual prosiguiendo su rastrillado, torcido y aspado hilo, cuenta que así como el cura comenzó á prevenirse para consolar á Cardenio, lo impidió una voz que llegó á sus oídos, que con tristes acentos decía desta manera:

¡Ay Dios! ¿si será posible que he ya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura á la carga pesada de este cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo? Si será, si la soledad que prometen estas sierras no me miente. ¡Ay desdichada! y cuán mas agradable compañía harán estos riscos y malezas á mi intención, pues me darán lugar para que con quejas comunique mi desgracia al cielo, que no la de ningún hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas, ni remedio en los males. Todas estas razones oyeron y percibieron el cura y los que con él estaban, y por parecerles, como ello era, que allí junto las decían, se levantaron á buscar el dueño, y no hubieron andado veinte pasos, cuando detras de un peñasco vieron sentado al pié de un fresno á un mozo vestido como labrador, al cual, por tener inclinado el rostro á causa de que se lavaba los piés en el arroyo que por allí corría, no se le pudieron ver por entonces; y ellos llegaron con tanto silencio, que dél no fueron sentidos, ni él estaba á otra cosa atento que á lavarse los piés, que eran tales, que no parecían sino dos

pedazos de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se habían nacido. Suspendióles la blancura y belleza de los piés, pareciéndoles que no estaban hechos á pisar terrones, ni á andar tras el arado y los bueyes, como mostraba el hábito de su dueño; y así viendo que no habían sido sentidos, el cura, que iba delante, hizo señas á los otros dos que se agazapasen ó escondiesen detras de unos pedazos de peña que allí había: así lo hicieron todos, mirando con atención lo que el mozo hacia, el cual traía puesto un capotillo pardo, de dos haldas, muy ceñido al cuerpo con una tohalla blanca: traía ansimismo unos calzones y polainas de paño pardo, y en la cabeza una montera parda: tenia las polainas levantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecia. Acabóse de lavar los hermosos piés, y luego con un paño de tocar, que sacó debajo de la montera, se los limpió; y al querer quitárselo alzó el rostro, y tuvieron lugar los que mirándole estaban, de ver una hermosura incomparable, tal que Cardenio dijo al cura con voz baja: Esta, ya que no es Luscinda, no es persona humana, sino divina. El mozo se quitó la montera, y sacudiendo la cabeza á una y á otra parte, se comenzaron á descoger y desparcir unos cabellos que pudieran los del sol tenerles envidia: con esto conocieron que el que parecia labrador, era mujer, y delicada, y aun la mas hermosa que hasta entonces los ojos de los dos habían visto, y aun los de Cardenio, si no hubieran mirado y conocido á Luscinda, que despues afirmó que sola la belleza de Luscinda podia contender con aquella. Los luengos y rubios cabellos no solo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debajo dellos, que si no eran los piés, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia: tales y tantos eran. En esto les sirvió de peine unas manos, que si los piés en el agua habían parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve: todo lo cual en mas admiración y en mas deseo de saber quién era, ponía á los tres que la miraban. Por esto determinaron de mostrarse, y al movimiento que hicieron de ponerse en pié, la hermosa moza alzó la cabeza, y apartándose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, miró los que el ruido hacían; y apenas los hubo visto, cuando se levantó en pié, y sin aguardar á calzarse ni á recoger los cabellos, así con mucha presteza un bulto como de ropa que junto á sí tenia, y quiso ponerse en huida, llena de turbación y sobresalto, mas no hubo dado seis pasos, cuando no pudiendo sufrir los delicados piés la aspereza de las piedras, dió consigo en el suelo. Lo cual visto por los tres, salieron á ella, y el cura fué el primero que le dijo: Deteneos, señora, quien quiera que seais, que los que aquí veis solo tienen intención de serviros: no hay para qué os pongais en tan impertinente huida, porque ni vuestros piés lo podrán sufrir, ni nosotros consentir. A todo esto ella no respondia palabra, atónita y confusa. Llegaron pues á ella, y asiéndola por la mano el cura, prosiguió diciendo: Lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren, señales claras que no deben de ser de poco momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en hábito tan indigno, y traídola á tanta soledad como es esta, en la cual ha sido ventura el hallaros, si no para dar remedio á vuestros males, á lo ménos para darles consejo, pues ningún mal puede fatigar tanto, ni llegar tan al extremo de serlo,

miéntras no acaba la vida, que rehuya de no escuchar siquiera el consejo que con buena intención se le da al que lo padece. Así que, señora mia ó señor mio, ó lo que vos quisieredes ser, perded el sobresalto que vuestra vista os ha causado, y contadnos vuestra buena ó mala suerte, que en nosotros juntos ó en cada uno hallaréis quien os ayude á sentir vuestras desgracias. En tanto que el cura decía estas razones, estaba la disfrazada moza como embelesada, mirándolos á todos sin mover labio ni decir palabra alguna, bien así como rústico aldeano que de improviso se le muestran cosas raras y dél jamas vistas; mas volviendo el cura á decirle otras razones al mismo efecto encaminadas, dando ella un profundo suspiro, rompió el silencio y dijo: Pues que la soledad destas sierras no ha sido parte para encubrirme, ni la soltura de mis descompuestos cabellos no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en balde sería fingir yo de nuevo ahora lo que si se me creyese, sería mas por cortesía que por otra razón alguna. Presupuesto esto, digo, señores, que os agradezco el ofrecimiento que me habeis hecho, el cual me ha puesto en obligación de satisfaceros en todo lo que me habeis pedido, puesto que temo que la relación que os hiciere de mis desdichas os ha de causar al par de la compasión la pesadumbre, porque no habeis de hallar remedio para remediárlas ni consuelo para entretenerlas. Pero con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones, habiéndome ya conocido por mujer, y viéndome moza, sola y en este traje, cosas todas juntas y cada una por sí que pueden echar por tierra cualquier honesto crédito, os habré de decir lo que quisiera callar si pudiera. Todo esto dijo sin parar, la que tan hermosa mujer parecia, con tan suelta lengua, con voz tan suave, que no ménos les admiró su discreción que su hermosura: y tornándole á hacer nuevos ofrecimientos y nuevos ruegos para que lo prometido cumpliera, ella sin hacerse mas de rogar, calzándose con toda honestidad y recogiendo sus cabellos, se acomodó en el asiento de una piedra, y puestos los tres al rededor della, haciéndose fuerza por detener algunas lágrimas que á los ojos se le venían, con voz reposada y clara comenzó la historia de su vida desta manera:

En esta Andalucía hay un lugar de quien toma título un duque, que le hace uno de los que llaman grandes de España: este tiene dos hijos; el mayor, heredero de su estado y al parecer de sus buenas costumbres, y el menor no sé yo de qué sea heredero, sino de las traiciones de Bellido y de los embustes de Galalon. Deste señor son vasallos mis padres, humildes en linaje, pero tan ricos, que si los bienes de su naturaleza igualaran á los de su fortuna, ni ellos tuvieran mas que desear, ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo, porque quizá nace mi poca ventura de la que tuvieron ellos en no haber nacido ilustres: bien es verdad que no son tan bajos, que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos, que á mí me quiten la imaginación que tengo de que de su humildad viene mi desgracia. Ellos en fin son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raza malsosnante, y como suele decirse cristianos viejos rancios, pero tan rancios, que su riqueza y magnífico trato les va poco á poco adquiriendo nombre de hidalgos y aun de caballeros, puesto que de la mayor riqueza y nobleza que ellos se preciaban, era de tenerme á mí por hija; y